



María Cristina Plencovich: «La traducción es una ventana a muchos mundos»

La traductora pública María Cristina Plencovich fue una de las doscientas personalidades distinguidas por la Universidad de Buenos Aires (UBA) en los festejos del bicentenario de esta institución. Plencovich es experta en educación y políglota. Como invitada especial del III Congreso Universitario de Formación en Traducción e Interpretación, dictó una conferencia titulada «Investigación y traducción: ¿misión imposible?»; asimismo, presentó una ponencia grupal con la Comisión de Relaciones Universitarias, Investigación y Docencia del Colegio, «La formación del traductor público argentino: heterogeneidad, historicidad y desafíos», y otra individual, «Temprana academización del título de traductor público en la Argentina». En esta entrevista, cuenta cómo se formó y cómo desarrolló su pasión por las lenguas y la comunicación.

Por Héctor Pavón



Veo en su currículum una carrera intensa y muy productiva. Al mirar hacia atrás, ¿cree que los logros laborales y académicos que obtuvo siempre estuvieron enlazados por un objetivo en común?

En verdad, creo que hay dos núcleos diferentes en mi vida académica: uno es el de traductora pública, asociado a la lingüística, a las lenguas modernas; y otro, mis estudios de ciencias de la educación, de pedagogía universitaria, de didáctica de las ciencias agrarias y ambientales, de historia de la educación. Todo cruzado por una infatigable vocación de investigar. Una mezcla... sui generis. Creo que, al cabo de los años —cual Jano con sus dos cabezas—, pude integrarlos como facetas de una misma tarea interdisciplinaria y de una vida entregada al estudio. Pero, curiosamente, nunca tuvieron un objetivo común. Fue solo convivir con dos grandes amores. La vida se ha encargado de juntar las piezas en una herramienta más o menos dúctil.

Fue una de las doscientas personalidades en el campo profesional, académico, científico, cultural y

empresarial, entre otros, distinguidas en el bicentenario de la UBA. ¿Cómo definiría la importancia que tuvo esta universidad en su vida?

La Universidad de Buenos Aires fue absolutamente todo en mi vida. Por su formación rigurosa, por su apertura, por sus profundos procesos democráticos y por las oportunidades brindadas. Supongo que en esto no debo ser original. El 12 de agosto, cuando se celebraron sus doscientos años, muchos de los destacados dijimos lo mismo. ¡Qué hubiera sido de mí sin la UBA! ¡Qué menos puede sentir y decir esta traductora pública, casi por definición una profesional invisible, como diría Lawrence Venuti!

¿Por qué cree que en doscientos años no ha habido una mujer rectora de la UBA?

Muy interesante pregunta, se la hicieron en estos días al rector Alberto Barbieri. Él contestó que nos estábamos acercando. Y es verdad: por ejemplo, en mi facultad (una de las más antiguas de la UBA), es la primera vez que tenemos una decana,

la doctora Marcela Gally. Volviendo a tu pregunta, por supuesto, ha sido una cuestión ligada al género y a los espacios disputados de poder que se juegan en las instituciones. Lo curioso es que en el nivel de las unidades académicas hay un cargo decisivo, que es la secretaría académica, que en el país está ocupado mayoritariamente por mujeres. ¡Habrá que hacer una investigación y distinguir entre los distintos niveles de gobernanza y de gestión!

Usted inició su carrera académica allá por los años setenta. ¿Cree que hay algo de esa época que se ha perdido y que hoy debería tomarse en cuenta en la educación universitaria? Y, por el contrario, ¿qué cosas cree que la educación universitaria ha adquirido, que son muy valiosas y que no existían cuando usted era estudiante?

Bueno, más allá de lo que dicen las coplas de Manrique, en el caso de los traductorados las tecnologías emergentes les han dado hoy un gran impulso y han mejorado las condiciones del dictado de la carrera. Como diría Marshall McLuhan: ha sido como pasar de la Galaxia Gutenberg a la Galaxia... Gates. El cambio en la enseñanza, en el aprendizaje, en los contenidos y en los medios —las cuatro grandes variables didácticas— no tiene comparación. También hay una mayor horizontalidad en las relaciones entre docentes y estudiantes, más intervención del propio alumno y mayor aprendizaje colaborativo entre pares. Y, en lo macro, hay más universidades en el país, más oportunidades de acceso inclusivo a los estudios superiores. Sin embargo, a veces, la carga informativa intensa,



los laberintos del hipertexto, la lectura del tipo *scanning* no garantizan una reflexión profunda que dé lugar a la conceptualización y al juicio crítico. Ahí es donde aparece el docente como facilitador, como síntesis de cultura, por lo cual, mucho más que antes, su figura es hoy primordial. ¿Qué se ha perdido? Y, la valoración de los textos —bastante inaccesibles en la década de los setenta—. Nunca me olvidaré de que para conseguir el libro de Vicente Arnaud, *Los intérpretes en el descubrimiento, conquista y colonización del Río de la Plata*, tuvimos que ir hasta su casa y pedirle a un familiar una copia. O desplazarnos hasta Mendoza para que Arturo Roig, con suma gentileza, nos permitiera tener una copia de su libro *Los krausistas en la Argentina* (hoy circula libremente por internet), o —aprovechando un viaje a Roma— ir a la Biblioteca Central a rogar que nos dejaran copiar el texto inhallable de Metelli Di Lallo, *Análisis del discurso pedagógico*. Eran verdaderas gestas. El resultado es que se leían los libros enteros, se los valoraba como joyas y se entraba en diálogos fecundos con sus autores. Como decía Quevedo, podíamos vivir en «conversación con los difuntos y escuchar con los ojos a los muertos». En cuanto a los profesores: como siempre, en ambos

escenarios y con distintos estilos, los docentes han donado, y lo continúan haciendo, lo mejor de sí a pesar de la magra retribución económica [Se ríe]. ¿Ves? Esa es una invariante funcional.

La Facultad de Agronomía, ¿es casi su familia, no?

Absolutamente. Hasta 2017 tuve dedicación exclusiva en ella. Pasaba (pasábamos, no era la única) de diez a doce horas diarias en el campus, en vez de las ocho horas reglamentarias. El hecho de que esta facultad tenga un porcentaje alto de docentes con dedicación exclusiva crea una comunidad académica con fuerte compromiso en la enseñanza, la investigación y la extensión. Eso permite intercambios enriquecedores con colegas y estudiantes. El inmenso parque diseñado por Thays y los edificios de cátedras, las bibliotecas, los campos experimentales, los talleres, las clases dictadas en forma peripatética al aire libre en la primavera... todo el entorno invita a una relación pedagógica más estrecha, en tiempos y espacios compartidos. Se trabaja muy bien en esta facultad. Siempre digo que es algo así como un paraíso académico.

Lee, escribe y traduce textos en francés, inglés, alemán, portugués, italiano y también en croata.



María Cristina Plencovich: «La traducción es una ventana a muchos mundos»

¿Estudió idiomas por placer, por cuestiones profesionales, para lograr acceder a otras culturas? ¿Qué historias personales hay detrás de cada una de estas lenguas?

Oh, [Se ríe] tengo que aclarar que el mío es un currículo proforma, en el que se hacen esas preguntas sobre las competencias lingüísticas... ¡No hago ejercicio ilegal de la profesión! ¡Solamente soy traductora pública de inglés! Sí, sin duda, además de la pasión por las lenguas, hay razones de por qué esas y no otras. Voy a empezar por la más obvia: el croata. Mi padre era croata, así que desde pequeña conocí el idioma. Y cada lustro intento aprenderlo de nuevo. Es una de las lenguas eslavas más difíciles. El hecho de que Andrej Plenković —así es mi apellido en croata— sea primer ministro de Croacia y familiar nuestro me dio nuevos motivos para visitar el país antes de la pandemia y hacer redoblados intentos de mejorar la lengua. ¡Pero el caso es que los croatas hablan un excelente inglés y terminábamos hablando en ese idioma! Ahora, de nuevo, por Zoom, mi profesora de croata, Paula Arias, intenta transmitirme ese enorme caudal de lengua que maneja. Es mi hora semanal de adrenalina y de comprender con humildad que la voluntad no puede mover... lenguas.

Aprendí a leer y a traducir textos en italiano porque Italia tiene una producción en ciencias de la educación de una calidad impar. Si bien a mediados del siglo xx hubo una fuerte política editorial en la Argentina y en España, principalmente, de traducir al castellano a los grandes pedagogos italianos, eso se interrumpió a mediados de la década de los sesenta, creo. Así que había que leer en el original las contribuciones de un Luigi Volpicelli, Antimo Negri, Pietro Braido, Mauro Laeng, y de los grandes epistemólogos. Creo que algo semejante se dio con el francés y las ciencias agronómicas; para conocer las concepciones sobre territorio de los nuevos geógrafos, había (hay) que leer a Guy Di Mèo, a Bruno Latour, a Louis Malassis, a Michel Sebillotte o a Michel Callon en su propia lengua. Lo de portugués fue diferente: más allá de los eternos profesores de la *bossa nova*, Vinicius, el Chico, Caetano, Dorival, que enseñaron a *falar* a mi generación (con magros resultados), tuve que dar clases en una maestría en la Universidad Federal de Río de Janeiro en Seropédica (fue durante más de una década a través de un convenio entre el Gobierno de Brasil y el de la Argentina); incluso hasta hicimos trabajos de campo en proyectos de investigación con brasileños y franceses en diversos estados. Ese fue un desafío importante. También me acerqué a la rica producción brasileña en

sociología y ciencias de la educación. Bueno, algo de esta hermosa lengua quedó... aunque menos de lo esperado.

Por último, siento por el alemán una devoción singular. Tuve una maravillosa profesora alemana de Hamburgo, Wilma Bölit, que junto con la lengua me llevó al mundo de la música, de la historia, de Schiller, de los cuentos de los Grimm. Gracias a lo que ella me enseñó, pude leer, por caso, una obra poco conocida, nada menos que el tratado sobre pedagogía (*Über Pädagogik*) de Immanuel Kant. No sé si hoy está traducido al español. Creo que Lorenzo Luzuriaga, el gran traductor español, tradujo algunos fragmentos al castellano. Es una obra clave de Kant, como dije, poco conocida.

Sí, la traducción es una ventana a muchos mundos. Deberíamos tener políticas editoriales que nos acercaran a otros espacios y culturas a través de la traducción. Creo que alguna vez las tuvimos. Tenemos que cultivar lo propio, pero cuidarnos de la endogamia y abrirnos al mundo. Y confirmar, una vez más, lo que decía Pushkin: los traductores son los caballos de relevo de la cultura.

¿Cuándo y por qué decidió estudiar la carrera de Traductor Público?

Era la década de los setenta. La carrera ya estaba en la Facultad de Derecho. Resulta que en mi infancia rural —pasé toda mi niñez en uno de esos microcosmos que eran las grandes estancias argentinas— aprendí con cierta soltura el inglés. Paradójicamente, en esa época estas estancias eran lugares cosmopolitas, a pesar de estar muy aisladas y encontrarse en el campo disperso. No sé si algo habrá tenido que ver el hecho de que mi padre croata había sido traductor para un diario cultural de la colectividad en Buenos Aires, supongo que en la década de los cuarenta o antes, y que traducía *pro bono* al castellano o al croata los pasaportes y otros documentos a quienes los necesitaran. Él siempre hablaba con gran orgullo de su primera profesión. Solo ahora lo asocio. Quizá algo de esto haya quedado en mí, además de la pasión por las lenguas. Creo que, si bien en el secundario me enamoré perdidamente de las ciencias de la educación, estas dos vocaciones de algún modo se amalgamaron. El hecho es que decidí también sistematizar con estudios universitarios mis conocimientos en inglés. Mi examen de ingreso fue en 1972.

¿Cuándo decidió acercarse al CTPCBA?

Durante la carrera, en especial, en la asignatura Régimen Legal de la Traducción, con el profesor Rodolfo Witthaus, conocimos la Ley 20305, el sentido de la creación del Colegio en 1973 y sus órganos de gobierno. Ya recibida,



cuando empecé a investigar en traductología, me acerqué al Colegio, a la sede de Avda. Callao, a la Biblioteca. Ahí conocí a Roberto Servidio, un gran profesional. Él puso a mi disposición para la consulta textos inhallables en aquellos tiempos. Ya en las primeras décadas del siglo XXI, en las gestiones de Beatriz Rodríguez y en la última de Lidia Jeansalle, se le concedió importancia a la investigación en traductología. Me uní a la comisión equivalente a la actual de Relaciones Universitarias, Investigación y Docencia. Con interrupciones debido a mis viajes, estoy de nuevo en ella y, por fin, cumplimos el viejo sueño de crear una línea de investigación del Colegio con un grupo lúcido y riguroso.

Es coautora de *La formación del traductor público en la Argentina* (estudio publicado en 2020 por el Fondo Editorial del CTPCBA). Cuéntenos un poco de qué se trata y cómo surgió la idea de escribirlo.

Desde la Comisión de Relaciones Universitarias, Investigación y Docencia, y a través del empeño de Lidia Jeansalle, logramos integrar un equipo de investigadoras con Silvia Bacco, Diana Rivas y Lidia (¡un lujo!) e inauguramos una línea de investigación que ya ha dado varios frutos. Es un placer trabajar con ellas. Queríamos generar conocimiento sobre la estructura epistemológica de la carrera de Traductor Público en el país, las competencias y los perfiles que se manejan y otras variables curriculares que investigamos. Invitamos a su lectura en el [sitio web del Colegio](#). Es la primera investigación empírica que estudia las carreras argentinas de Traductor Público a la luz de múltiples variables y las analiza en su conjunto.

También está interesada en el cambio climático. ¿Cuándo comenzó esa inquietud, esa preocupación?

En la facultad, en 2003, a través del impulso del decano Fernando Vilella, creamos la primera carrera ambiental de la UBA: la licenciatura en Ciencias Ambientales. Estas ciencias son relativamente nuevas. Como tales, surgen después de la Conferencia de Estocolmo en 1972. Por esta razón, cuando se creó la carrera, en la Argentina —e incluso en el mundo— había poco material sistematizado para la enseñanza. Tuvimos que autoconstruirnos y generar bibliografía, traducir, elaborar temas de interés, crear líneas de investigación, proyectos de extensión y otras formas de intervención profesional. En muchas ocasiones, incorporamos también a los estudiantes a nuestra labor. Más tarde, algunos de nuestros docentes contribuyeron en forma directa con el Panel Intergubernamental del Cambio Climático (IPCC). En mi caso, en 2020 y 2021, el IPCC me invitó a ser *Expert Reviewer* de las últimas rondas mundiales a las que el Panel somete sus informes. El último de estos, que corresponde al *Sixth Assessment Cycle*, se publicará en septiembre de 2022, en Ginebra.

Entre otros intereses académicos y personales, vemos que surge el interés por Panamá. ¿Cuándo nació esa relación?

Eso fue *serendipity*. Como sabes, Panamá es un *hub* o centro de operaciones aéreas muy importante en América Central. En muchos viajes que se realizan a México, Costa Rica, Jamaica u otros destinos, hay que obligatoriamente aterrizar en el aeropuerto de Tocumen para hacer alguna combinación. Quien lo haya hecho recordará que el



María Cristina Plencovich: «La traducción es una ventana a muchos mundos»

avión vuela muy bajo junto al maravilloso *skyline* de la ciudad, con sus alucinantes edificios azules y plateados. Y, de pronto, en medio de la modernidad, se ve un sector plano, verde, sobre el mar, increíble, con ruinas ocres. Siempre estuve muy intrigada en saber qué era eso; hasta que una vez mi hermana —gran viajera— me llevó a conocer el país, el casco antiguo y Panamá Viejo, que está bajo el patronato de la Unesco. En 2019, al celebrar los quinientos años de existencia, Panamá decidió otorgar premios a ensayos de investigación histórica. Me pareció una oportunidad única de estudiar nada menos que la identidad de ese país tan bello, de singular geografía, en esos tiempos seminales. También un país marcado como lugar de tránsito entre mundos heterogéneos. Mi hijo Juan me estimuló a escribir el ensayo histórico y me ayudó en el laberinto de las consultas al Archivo General de Indias. Recibí el premio en las ruinas de Panamá Viejo, en ese retazo verde, de contrastes, en septiembre de 2019.

En 1998, acuñó el término *agropaideia*. ¿Podría contarnos de qué se trata y cómo surgió esa necesidad?

Es una muy larga historia que trataré de acortar. Los griegos llamaban *Paideia* al proceso de formación humana. Es un proceso que trasciende la instrucción y, por supuesto, lo escolar. Es una palabra difícil de traducir. Quizá el término alemán *Bildung* y el español *formación* sean los más cercanos a su significado. Los invito a leer la obra clásica de Werner Jaeger, *Paideia*, para conocer más.

A poco de investigar sobre la historia de la educación agraria argentina, siempre dentro de la Facultad de Agronomía, encontré varias cosas: por ejemplo, que es la primera rama de la educación que se consolidó como distinta de la educación común argentina en el período independentista. Está en la prédica de Belgrano, Vieytes, Olivera (a través del legado hispano de Campomanes y Jovellanos), y, muchas décadas después, en la obra de Sarmiento. A través de estas concepciones y las de los pensadores contemporáneos, acuñé el término *agropaideia* para referirme a una teoría de la formación humana (*Paideia*) a través de lo agrario, que no es solo un modo de producción más, mecanizado, sino que



Biografía de María Cristina Plencovich

María Cristina Plencovich es traductora pública de inglés (UBA, Facultad de Derecho), licenciada en Ciencias de la Educación, especialista en Investigación Educativa, magíster en Gestión y Políticas Universitarias, y doctora en Educación. Es profesora titular regular de la UBA e investigadora del PNI (Programa Nacional de Incentivos).



Es docente de posgrados de la Argentina, en la Universidad Nacional de Tucumán, la Universidad Nacional de Tierra del Fuego, la Universidad Nacional de los Comechingones y la Universidad Nacional de Luján. Asimismo, se desempeñó en posgrados en la Universidad Nacional de La Pampa, la Universidad Nacional de Entre Ríos, la Universidad Nacional de Misiones, la Universidad Nacional de Cuyo y la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, y en la Universidad Federal de Río de Janeiro y en la Universidad de San Carlos (Asunción, Paraguay).

Ha sido traductora *freelance* por veintidós años en una empresa norteamericana, así como traductora de editoriales argentinas, españolas e inglesas. Dentro de la traductología, su principal línea de investigación son las estrategias cognitivas y metacognitivas de la lectura del traductor, y la formación y la historia de la carrera de Traductor Público. Es miembro de la Comisión de Relaciones Universitarias, Investigación y Docencia del CTPCBA.

involucra lo vivo y representa un conjunto de valores, una *Weltanschauung* modulada por una forma distinta de vivir el espacio y el tiempo. La especificación surgió ante la necesidad de evitar que se la identificara totalmente con la educación agrotécnica.

¿Pergamino es el lugar al que siempre vuelve, un punto de partida y de llegada?

Sí, es la ciudad en la que aún conservo la casa familiar. El lugar donde vivió el amor de mi vida, donde nacieron mis cuatro hijos, donde tengo entrañables amigos. Desde esta ciudad, traduje intensamente. En el campo las norias no eran una suerte de lejanos molinos para distantes quijotes, ¡eran entidades que había que traducir en medio de la norpampa! ¡Y qué hablar de las tolvas, los cangilones, las cosechas gruesas, las campañas, los cereales o las malezas! Trabajamos mucho con Gustavo Zucaro, un excepcional intérprete, en la llanura bonaerense. Aprendí mucho en el infinito paisaje de la pampa. Sí, mi corazón se ha detenido en Pergamino. ■